



Reconstrucción: *La santa virreina* (escena III)

Verónica Lahitte

Correo: veronica.lahitte.cabral@gmail.com

Antonio Gagliano

Correo: comgaglianoantonio@gmail.com

Directrices:

Rincón apartado en un bosque en el Perú. Árboles crecidísimos que unen sus copas en lo alto de la escena. En el fondo, hacia el centro, algo aislado de los demás, un «quino»¹. Hacia la izquierda, la entrada y fachada de madera de un templo indio, con signos y figuras de colores pintados en ellas. Hacia la derecha, varias cabañas de maderas y ramas, de entre las cuales se destaca una mayor con puerta practicable. En el fondo, por izquierda, hay un repecho o montículo sobre el cual puede aparecer y verse, hasta sus dos tercios, la figura de un actor. Cierra el decorado, tras los troncos de árboles, paisaje de altas montañas. Al levantarse el telón está en primer término, sentado sobre un tronco o piedra, CAOS, indio viejo, adivino o agorero. Tipo semimitológico de fauno o sileno. Barba de chivo. Le cuelga del cabello un gran collarón silvestre de hojas verdes. Continuamente masca hojas de coca, cuyas ramillas verdes, parecidas a las del arrayán, le rebosan y cuelgan de la boca. Delante de CAOS dialoga con él, en actitud sumisa, ZUMA, india joven. En la pieza se intenta hacer ver a España, no solo evangelizando aquellas tierras y dignificando aquellas razas, sino domando las caóticas

¹ Para ilustración de los decoradores, copio aquí la descripción botánica del quino: «El quino es un árbol bellissimo ornamental, muy derecho, siempre verde y de hoja perenne. Hay árboles de cuarenta metros hasta arbustos de dos. Echa flores en panículo de color rosado y bellissimo aspecto».

fuerzas naturales de aquel mundo y convirtiendo lo que era turbio prestigio de magia y superstición en ciencia lúcida y clara, cargada de conquistas para la inteligencia y de beneficios para la humanidad. El personaje Caos representa el amenazador naturismo de aquel mundo recién nacido. Frente a él, la virreina victoriosa representa la inteligencia y la fe.

Fragmento extraído de *La santa virreina*, poema dramático de José María Pemán que relata la leyenda europea del «descubrimiento» de la planta de la quina para la cura a las fiebres palúdicas a principios del siglo XVII. La pieza fue estrenada en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona en 1939 como acto celebratorio del triunfo falangista.

Ejecución:

Rincón apartado en un bosque del virreinato del Perú. Árboles crecidísimos que unen sus copas en lo alto de la escena. En el fondo, no hay centro, CAOS se ha apoderado del espacio. Quien era personaje representando un mundo se ha transformado en escena. CAOS ha robado el sombrero a la CONDESA para que la toque el sol. No se encuentra aislado el «quino»², ha sido tragado junto a las taxonomías y láminas que provocarían sus usos comerciales. Además, CAOS ha ingerido cardos, plántagos, tréboles, ortigas y más hierbas de importación. También han sido devorados los perros y su rol atemorizador. Cierran el decorado, tras los troncos de árboles; vacas, caballos y cabras que atestiguan sobre los efectos que ha causado el desmesurado contagio de la viruela y el sarampión. En un rincón, CAOS disputa la alianza que han hecho los navíos con los vientos y las constelaciones. En su interior posee el compás, el cuadrante, el astrolabio, y algunas otras tecnologías que han sido

² Si arrancas secretos, cuervos te piquen los ojos. Si robas la planta, serpientes tus pasos perseguirán.

creadas para inaugurar su apropiación. Hacia la derecha, la mano de la CONDESA echa fuego. Busca semillas buenas que remedien el asedio que el calor puso a sus venas. Hacia la izquierda, se esconde un secreto: una historia permanece dentro de la naturaleza, en la tierra, en los árboles, en los manantiales. No solo es la historia que pasó antes, sino también la que va a pasar después. En el fondo, por izquierda, los leones que sufren de fiebre mastican la corteza de un árbol. Al levantarse el telón está en primer término CAOS.

CAOS

Existen historias en la naturaleza, en la tierra, en los árboles, en los manantiales. Está la historia que sucedió antes y también la que sucederá después. Oí la leyenda que dice que el viento derribó árboles de quina en un lago y que el agua se tornó amarga. Oí la leyenda que dice que los leones que sufrían de fiebres masticaron la corteza de un árbol para su cura. Oí que el cuajo de un cervatillo muerto en el vientre de su madre es un remedio maravilloso contra los venenos. Oí hablar de las fiebres y de las plantas. De humores, purgas y sangrados. Quedan inscripciones sobre esta tierra. Leí las marcas, cavé un pozo, encontré otros relatos sobre árboles, brujas y taxonomías.

Su mano echa fuego,

¿sabes qué tiene? El equilibrio humoral normal debe ser restaurado por medio de hemorragias, purgas o ambos. Allá por el 170 d. C., también se creía que el vómito que acompaña habitualmente a la malaria es el intento del cuerpo de expulsar venenos y «humores corruptos». Pasaron mil quinientos años sin que estos principios fueran cuestionados. Incontables pacientes de malaria fueron sometidos a sangrados y purgados con resultados desastrosos. Las repetidas hemorragias solo empeoraban la anemia de la malaria y los poderosos purgantes a menudo acababan con la mayoría de los enfermos en poco tiempo. La gente del campo y los muy pobres que no podían permitirse la ayuda de la profesión médica lograron sobrevivir. Tiempo después, Alberto Magno glosó métodos alquímicos para combatir la fiebre. Sus recetas incluían que insectos devoraran

77 pequeños pasteles hechos de una masa preparada mezclando harina y orina del paciente. De no funcionar, Magno proponía que la matrona de una familia noble corte la oreja de un gato, añada tres gotas de su sangre al brandy junto con un poco de pimienta y se lo administre al paciente. Otro método para combatir la fiebre que propuso consistía en frotar el cuerpo del afiebrado con virutas de una horca en la que un criminal había sido recientemente ejecutado.

Ellos aseguran que hago conjuros

que desatan la obscura tiranía de los males. Con la llegada de los españoles comienza a delinearse la telaraña del mundo actual. Los primeros relatos de caníbales nacen entonces con los diarios de Colón, quien hace referencia a una isla de antropófagos en la que supuestamente habitan hombres que atemorizan y capturan a los grupos indígenas más dóciles. Y, a pesar de su inexistencia histórica, la idea del indio, salvaje o sodomita comedor de carne humana resulta fundamental para llevar a cabo el proceso de colonización: en la aberración y el miedo que producía, termina justificando la injerencia humanitaria e imperial del proyecto europeo.

Al mismo tiempo, los rituales caníbales que los españoles encuentran en América, y que ocupan un lugar destacado en las crónicas de la conquista, no son tan diferentes de las prácticas médicas populares en Europa durante aquella época. En los siglos XVI, XVII e incluso XVIII, el consumo de sangre humana (especialmente la de aquellos que habían muerto de forma violenta) y de agua de las momias, que se obtenía remojando la carne humana en diversos brebajes, es una cura común para la epilepsia y otras enfermedades en muchos países europeos. Es más, este tipo de canibalismo, que incluía carne humana, sangre, corazón, cráneo, médula ósea y otras partes del cuerpo, no estaba limitado a grupos marginales, sino que era practicado en los círculos más respetables. El nuevo horror que los españoles sienten por las poblaciones indígenas no puede ser atribuido a un choque cultural. Es una respuesta inherente a la lógica de la colonización que necesita deshumanizar, desacreditar y temer a aquellos a quienes quiere esclavizar. Y rápidamente esta operación

comienza a desplegarse también en el marco legal: 1532, Constitutio Criminalis Carolina (código legal imperial promulgado por Carlos V): *la brujería será penada con la muerte*. 1567, Consejo eclesiástico en Lima: *los sacerdotes deben extirpar supersticiones, ceremonias, ritos diabólicos, erradicar la embriaguez, arrestar a los médicos-brujos, descubrir los lugares sagrados, destruir los talismanes*. 1570, sínodo celebrado en Quito: *hay médicos-brujos que conversan con el diablo*. Se inscriben de esta forma escrituras que diseñan un mundo totalmente dissociado de las montañas, de las fuentes del agua, de las piedras y de los animales no humanos.

Este árbol que ves, Zuma,

este es el árbol de la quina. A poco de haber llegado al virreinato del Perú, un grupo de misioneros jesuitas aprendió el poder curativo de la corteza del árbol. Años más tarde, las propiedades de la corteza en el tratamiento de la malaria fueron descritas por el Padre Antonio de la Calancha, y fue Juan de Lugo quien empleó por primera vez la tintura de la corteza de quina para tratar el paludismo en la condesa de Chinchón. Aunque no está claro quién lleva la corteza de quina a Europa, el italiano Sebastiano Bado otorga este honor precisamente a la condesa, en un relato publicado en 1663. La leyenda nombra a la esposa del virrey del Perú como la primera persona europea curada con polvos de quina. Bado declara también que esta corteza ha demostrado ser más valiosa para la humanidad que todo el oro y la plata que los españoles extrajeron de Sudamérica. La introducción del árbol de la fiebre tiene la misma importancia para la medicina que el descubrimiento de la pólvora para la guerra.

En el año 1672, Robert Talbor populariza de una forma muy poco ortodoxa la quina en Inglaterra: utiliza los miedos y la confusión que prevalecían sobre la corteza de los jesuitas para tratar a los pacientes de malaria con lo que llama un «remedio secreto». Después de varios años de estudio y pruebas, desarrolla una formulación que era esencialmente una infusión de polvo de quina cuyo sabor amargo estaba hábilmente disfrazado con opio y vino. Su remedio secreto cura a muchos enfermos en los pantanos de Fens y Essex.

Animado por el éxito de sus mejunjes, Talbor escribe un pequeño libro titulado *Pyretologia: Un relato racional de la causa y la curación de las aflicciones*, pero todo el tiempo evita mencionar que realmente había usado la «corteza del jesuita» y, con el fin de proteger su secreto, hace minuciosas calumnias. Advierte a sus pacientes y al público: «Cuidado con todas las curas paliativas y especialmente con la conocida por el nombre de polvo de los jesuitas... porque he visto los efectos más peligrosos después de tomar esa medicina», garantizando para sí un lucrativo monopolio tanto de los pacientes como del remedio. Su reputación crece con el libro y el éxito de sus tratamientos le trae rápida fama y fortuna.

Antes de todo esto, los blancos,

Zuma, no sabían del secreto de la quina. La malaria no existía en estas tierras antes de la llegada de los españoles. Se dice que las primeras farmacopeas incas no mencionan la quina, lo que sugiere que su uso siguió a la entrada de los colonizadores. Pasaron muchos años hasta la aparición de los primeros escritos sobre la quina por parte de los europeos, y, durante este intervalo, se utilizaba una amplia gama de plantas medicinales para la cura de enfermedades. La mayoría de estas plantas fueron luego trasplantadas al otro lado del océano.

A cien años de haber sido llevada a Europa, la corteza seguía siendo difícil de obtener y el virreinato del Perú era su única fuente. Los intentos de sacar las plantas de quina del continente no tenían éxito. Charles de La Condamine, un naturalista y explorador francés, es de los primeros en intentarlo en 1735. El plan de La Condamine era mover los árboles a Francia y hacerse rico vendiendo la corteza. Para ello, recoge un gran número de plantones, los planta en cajas de tierra y cruza pantanos, selvas y ríos para llegar a la costa. Después de un viaje de ocho meses, su pequeño barco es inundado por una ola y sus plantas arrasadas. Sin embargo, con la ayuda de los especímenes supervivientes, Carolus Linnaeus, el botánico sueco, clasifica la familia de la corteza peruana en 1742. Llama al árbol Cinchona en honor a la condesa, dando por bueno el relato de Sebastiano Bado. Linneo escribe mal el nombre, o más bien lo deletrea como lo había

hecho Bado, que había italianizado parcialmente el nombre del conde, ya que la «c» antes de la «i» en italiano se pronuncia como la «ch» española. Después de la muerte de Linneo se descubre el error, pero es demasiado tarde para repararlo.

Durante esos años, un miembro de la expedición de La Condamine, Joseph de Jussieu, se instala por casi dos décadas en las selvas sudamericanas para estudiar la quina. Cuando decide regresar a Francia en 1761, lleva consigo semillas empaquetadas en una caja fuerte de madera. El día de la partida de Buenos Aires un «sirviente de confianza» se lleva la caja con la creencia equivocada de que estaba llena de dinero. Jussieu regresa a Francia diez años después, desesperadamente loco.

A medida que el uso de la quina se extiende por toda Europa, los boticarios y químicos tratan de extraer el ingrediente activo de la corteza para normalizar el tratamiento. En 1745, un farmacéutico francés, conde Claude de La Garaye, anuncia que ha extraído con éxito la «sal esencial» de la quina, pero pronto se descubre que no es eficaz contra el paludismo. Otro químico francés, Antoine-François Fourcroy, extrae en 1790 una sustancia resinosa con el color característico de la corteza que resulta también ineficaz. Un estudiante de Fourcroy llega a la absurda conclusión de que el principio activo de la quina es la gelatina y publica sus hallazgos a pesar de los inadecuados datos experimentales. Durante años, muchos médicos que leen el trabajo de Seguin utilizan pegamento clarificado para tratar a sus pacientes de malaria.

En 1820, los farmacéuticos Joseph Pelletier y Joseph Bienaimé Caventou, nombrados catedráticos de toxicología en la Escuela de Farmacia de París a los 22 años, aíslan de la corteza del árbol una goma pegajosa de color amarillo pálido que no puede ser inducida a cristalizar. La goma era soluble en ácido, alcohol y éter y muy eficaz contra el paludismo. Los dos hombres bautizan su descubrimiento en honor a la *quinquina*, el nombre que las comunidades indígenas le habían dado a la corteza, que significaba «medicina de medicinas» o «corteza de cortezas». En lugar de patentar el proceso de extracción, publican todos los detalles para que cualquiera pueda fabricar quinina.

En 1823, John Sappington adquiere en Filadelfia varias libras de quinina y emite «Las píldoras para la fiebre del Dr. Sappington». Persuade a los ministros del valle del río Mississippi para que toquen las campanas de la iglesia todas las noches, alertando a la gente a tomar las píldoras, y a través de esa maniobra se convierte en un hombre rico.

Hacia 1865, para proteger su monopolio, las autoridades peruanas prohíben a los extranjeros la entrada a los bosques de quina. Charles Ledger, un inglés que vive en Perú, obtiene 16 libras de semillas de un «sirviente», Manuel Incra Mamani, por una cuota de unos 20 dólares. Mamani es encarcelado, golpeado y finalmente muerto de hambre por su acto. Una libra de esta semilla es vendida a los holandeses en Java, y aunque aparentemente llega podrida, germina fácilmente, dando lugar pronto a una enorme industria que lentamente desplaza y destruye el monopolio sudamericano, estableciendo un nuevo monopolio holandés. Al injertar lo que eventualmente se llamó C. ledgeriana en la más resistente C. succirubra, los holandeses terminan de dominar el cultivo de la quina, produciendo eventualmente el 80 % de la quinina del mundo en la isla de Java. El alto precio de la quinina se reduce y la droga se pone a disposición de un gran número de empobrecidos enfermos de malaria y a los soldados convalecientes de los ejércitos. El uso generalizado de la quinina se produce gracias a la insistencia colonizadora de los europeos, y ayuda, a su vez, a consolidar su proyecto colonizador.

En 1914, la malaria es un adversario no esperado en la Primera Guerra Mundial. Ataca ejércitos y civiles, y los movimientos de personas, sean militares o no, extienden la enfermedad. Los casos de malaria en los ejércitos aliados superan con creces el medio millón de personas. En 1942, en medio de la Segunda Guerra Mundial, la oferta mundial de árboles de quinina cultivados en Asia (especialmente en Indonesia y Java) es capturada por Japón. Antes de la caída de Filipinas, los Estados Unidos escapan con cuatro millones de semillas, que son germinadas y luego trasplantadas, otra vez, a países de América Latina. Un botánico del Museo Smithsonian logra asegurar millones de libras de corteza de cinchona para los

aliados, extraídas en las plantaciones de Sudamérica. La escasez de quinina entre las fuerzas aliadas estimula una renovada búsqueda de nuevos antimaláricos. En 1944, Bob Woodward y W.E. Doering logran la síntesis de la quinina y lo informan con una publicación de una página. Ambos se convierten en héroes de guerra instantáneos en los titulares del *New York Times*, *Newsweek* y *Life*.

Ellos aseguran que silbo palabras

como una serpiente tentadora. En el año 1945, la caza de brujas sobrevive como instrumento clave de división social, especialmente en países que antiguamente estaban implicados en el comercio de esclavos, como Nigeria y Sudáfrica. Medio siglo más tarde, como consecuencia de la competencia de vida o muerte por unos recursos cada vez más agotados, un gran número de mujeres —en su mayoría ancianas y pobres— son perseguidas y quemadas en el norte de Transvaal. Se reportan casos de cazas de brujas en Kenia, Nigeria y Camerún, coincidiendo con la imposición de la política de ajuste estructural del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

(CAOS, con un último movimiento, rechaza su nombre y comienza a hablar una traducción imposible. Cae lentamente el telón)

La escena III del poema dramático *La santa virreina* ha sido reconstruida a partir de textos de: Diego García de Palacio (1587), Sebastiano Bado (1663), Gaspar Caldera de Heredia (1663), Stéphanie Du Creste de Saint-Aubin (1817), Ricardo Palma (1874), José María Pemán (1939), Silvia Federici (2004), Mauricio Nieto Olarte (2013), Carlos A. Jáuregui (2013), Adolfo Chaparro Amaya (2013), Achille Mbembe (2016), Aníbal Quijano (2019).
Verónica Lahitte, Antonio Gagliano, 2022.

